

Viejo Carpincho

El sol del amanecer calienta los pajonales que peina la brisa del río.

Los animales despiertan con el gozo de sentirse vivos después de la peligrosa aventura de la noche. Viejo Carpincho se abre paso entre los garabatales y se dirige al borde descampado de la barranca y allí se sienta.

No está enfermo, solo nota sus fuerzas un poco disminuidas, pero la sabiduría de los años le enseñaron a emplearla con gracia y economía para sobrevivir y sabe que sentado en la barranca, a la luz de un sol que le obliga a entrecerrar los ojos, le espera la muerte.

Detrás queda una vida de continuo husmear el viento, zambullir lejos y quedar bajo el agua, con el hocico perdido entre los camalotes hasta que el peligro haya pasado, dejándole el duro aprendizaje del miedo.

O aquella vez que casi lo atrapan los perros por aventurarse lejos del zanjón y el primer tiro que abrió un surco en su lomo cuando se quedó quieto, deslumbrado por esa luz que venía a su encuentro.

Después, los años le fueron enseñando a mantenerse alerta y cuando llegó a la madurez sus movimientos se tornaron sabios para saber cuándo podía descansar, jugar o hacer el amor. Pero un día cualquiera algo se apagó y ya no importó rastrear el viento, esconderse o nadar en las corrientes del río.

Por todo eso, con la brisa acariciando sus bigotes, somnoliento e indiferente, Viejo Carpincho espera.

Y por la orilla del río, parado en la popa y remando viene don Santiago Gamarra en su canoa pobre y descolorida como el ropaje de su dueño, abriendo un surco en el cielo reflejado en el espejo del agua.

Sentada en el medio de la embarcación, su esposa exclama: -¡ Mirá Santiago, un carpincho!- pero sus ojos de cazador ya lo habían divisado mucho antes y esperaba que en cualquier momento se lanzara al agua como lo hacían todos. El perfil del animal se fue agrandando y cuando se acercaron a la distancia de tiro, la mujer le alcanzó la escopeta, atravesó la pala en la canoa y con movimientos lentos tomó el arma y la cabeza del animal apareció en la mira. Cuando el disparo esperado no se produjo, doña Luisa se dio vuelta para mirarlo porque su marido nunca disparaba a boca de jarro, como si existiera un código no escrito que establecía un límite a la distancia para matar, que dejaba a la presa la chance de sobrevivir. El cazador bajo el arma intrigado y la canoa encalló en la arena, donde hombre y carpincho quedaron enfrentados. -¡Está enfermo!- afirmó la mujer asombrada.

-¿No será ciego y sordo?- dijo el hombre mientras descendía tirando la soga de la proa y atándola a un raigón de la barranca subió hasta quedar frente al animal y alargó su mano hacia el hocico, pero el carpincho desvió su cabeza antes que llegara a tocarlo. Luego tomó

una vara y le pinchó las costillas, molesto el animal se incorporó de un salto, pero viendo que el hombre no insistía volvió a sentarse mirando a lo lejos.

Sorprendido don Santiago descendió a la orilla del río y sentado sobre sus talones se dispuso a liar un cigarro, ensimismado en su tarea y con la expresión de quien descubre un pensamiento que no logra entender.

-¿está enfermo?- preguntó doña Luisa.

-Está empacado - respondió don Santiago lanzando un escupitajo al agua.

-¿ Cómo dijiste?- dijo la mujer a pesar de haber oído bien.

- Está empacado... enculado, cómo querés que te lo diga.

-¡ Pero si se queda así lo van a matar pobrecito!- exclamó súbitamente enternecida.

– A lo mejor no tiene más ganas de vivir.- dijo el hombre expresando el pensamiento que lo preocupaba desde el comienzo.

“Que no tiene ganas de vivir, qué tontería” - pensó la mujer sin atreverse a decirlo- “Los animalitos de Dios, igual que los pobres, siempre tenemos ganas de vivir.” Lo miró con más atención, enfermo no parecía, su cabeza se mantenía firme mirando con indiferencia los montes del otro lado del río.

La noticia la llevó el viento a todas las Islas: ¡Viejo Carpincho no quería vivir más.!

El silencio fue apagando la algarabía de los montes y los peces se arrimaron a la orilla para verlo, el zorro se asomó entre las pajas y fue a sentarse a prudente distancia, mientras las copas de los árboles se fueron llenando de pájaros y aves de rapiña, juntos en tácita tregua, como en los velorios.

-Pásame la damajuana- pidió don Santiago y tomando un largo trago la dejó a su lado mientras seguía fumando mientras sentía crecer una rabia sorda hacia el animal.

-¿Qué te pasa a vos?-, preguntó mirándolo de costado.

-¿Sos o te haces el loco? el primero que pase te va a bajar de un tiro.- Y volvió a tomar un trago porque se quedó sin saber cómo continuar. -yo he cazado muchos carpinchos, siempre por necesidad, pero no voy a comer carne de carpincho entregado-dijo levantando el dedo índice por encima de su cabeza.

-Seguro que nos va a hacer mal- sentenció doña Luisa pensando en su estómago.

Asintió el hombre y como si el argumento de su compañera lo hubiese decidido, se paró y repechó la barranca hasta llegar al animal y con un rápido movimiento le sacudió una cachetada en el hocico que resonó en el aire limpio de la mañana. Sorprendido el carpincho se paró de un salto y resopló sacudiendo la cabeza, pero no se alejó. El hombre se miró el

dorso de la mano manchado de sangre y saliva y desconcertado bajó al río a lavarse mirando de reojo la figura recortada contra el cielo que había vuelto a echarse en la barranca.

Doña Luisa lo vio empinar la damajuana y lo dejó hacer tranquila, el vino desataba los recuerdos de su marido, convirtiendo su borrachera en un alegre monólogo. Cuanto más, tendré que bogar yo pensó resignada.

-!No quiere vivir! ¿entendés eso vieja? dijo de pronto señalándolo con el dedo. Nosotros vivimos siempre en la pobreza y nunca pensé en matarme, y mucho menos dejarme matar. Si habré tenido entreveros de boliche -ríe entre dientes- cuando uno es chiquito cualquiera abombado quiere hacerse gracioso con uno.

-¿Te acordás vieja cuando sacaba cucharas del agua de las lagunas?- todos los días zambullendo y tanteando el fondo con las manos para subir con un puñado. Esa sí que era vida de carpincho, me acuerdo cómo me supuraban los oídos y cuando tanteando, tocábamos el lomo de una raya, La bicha no se enoja si la tocás, se molesta si le apretás el lomo o la pisás, pero por las dudas levantábamos el ancla y nos cambiábamos de lugar. La lengua comenzaba a pesarle y miró la copa de los árboles, satisfecho de tanta audiencia. -Después inventaron los rastrillos y todo fue más fácil- tartajeó despacio.

Un rumor fue creciendo y se convirtió en una lancha rápida que pasó frente a ellos sin disminuir su velocidad, sus ocupantes vieron un extraño cuadro: un carpincho echado en la barranca y un viejo de chambergo negro en cucullas en la orilla del río y en la Canoa una mujer con un atadito de ropa en su falda. Las copas de los árboles florecidos de pájaros.

Alguien dijo algo señalando la Barranca y otro tercio diciendo: -Es un carpincho guacho.-

Cuando la embarcación desapareció detrás de la próxima curva, las marejadas llegaron a la costa en sucesivas oleadas, bamboleando la canoa, lo que desató el rencor de don Santiago.

-Esos son los que te van a matar. Ni siquiera te van a comer. cazan para mostrar a la gente lo bueno que son matando bichos.-

Agachó la cabeza y quedó sumido en sus pensamientos. Al rato, la mujer se animó a levantar la voz: -vamos viejo, se nos va a hacer tarde.- y viendo que no se movía de su postura agregó: -¿qué podemos hacer?- La pregunta pareció despertarlo y levantando la cabeza contestó:- tenés razón-, qué podemos hacer después de todo, también nosotros cuando nos sentimos viejos nos dejamos estar. La diferencia es que nadie nos pega un tiro por entregarnos.-

Desató la canoa, paleó hasta el centro del río y se dejó llevar por la corriente, bogando lentamente. Como si fuera parte del acompañamiento de su propio entierro.